La Infancia de Cajal

(FRAGMENTO)

Por Paulita Brook

Se Recrudece mi Furor Romántico

Por entonces —lo he dicho ya— era yo un romántico ignorante del romanticismo. Ningún libro de Rousseau, Chateaubriand, Víctor Hugo, etc., había llegado a mis manos.

Mas el azar se hace muchas veces cómplice de nuestros deseos. Un día, explorando a la ventura mis resbaladizos dominios de tejas arriba, me asomé a la ventana de cierto desván perteneciente al vecino confitero y contemplé, ¡oh gratísima sorpresa!, al lado de trastos viejos y de algunos cañizos cubiertos con dulces y frutas secas, copiosa y variadísima colección de novelas, versos, historias, poesías y libros de viajes. Allí se mostraban, tentando mi ardiente curiosidad, el tan celebrado "Conde de Montecristo" y "Los Tres Mosqueteros", de Dumas (padre); "María o la Hija de un Jornalero", de E. Sué; "Men Rodríguez de Sanabria" de Fernández y González; "Los Mártires", "Atala y Chactas" y el "René" de Chateaubriand; "Graciella" de Lamartine; "Nuestra Señora de París" y "El Noventa y Tres", de Víctor Hugo; "Gil Blas de Santillana", de Le Sage; "Historia de España", por Mariana; las comedias de Calderón, varios libros y poesías de Quevedo, "Los viajes del Capitán Cook", el "Robinsón Crusoé" el "Quijote", e infinidad de libros de menor cuantía de que no guardo recuerdo puntual. Bien se echaba de ver que el confitero era hombre de gusto y que no cifraba solamente su ventura en fabricar caramelos y pasteles.

* * *

¡Quién sería capaz de encarecer lo que yo me deleité con aquellas sabrosísimas lecturas! Tan grandes fueron mi entusiasmo y alegría, que me olvidaba de todos los vulgares menesteres de la vida material.

Al fin, aunque por medios ilícitos, trabé conocimiento con las grandes creaciones de la fantasía; seres soberbios y magníficos, todo voluntad y energía, de corazón hipertrófico sacudido por pasiones sobrehumanas. Verdad es que casi todas las novelas devoradas por entonces pertenecían a la escuela romántica, a la sazón en boga, cuyos héroes parecían forjados expresamente para subyugar a la juventud, siempre sedienta de lances extraordinarios y de aventuras maravillosas.

Difícil me sería señalar hoy, pasados tantos años, cuáles fueron los libros que me impresionaron más hondamente. Creo, empero, no apartarme mucho de la verdad declarando que me emocionaron y cautivaron sobremanera las amenísimas novelas de peripecias e intrigas de Dumas (padre) y las ultrarománticas de Víctor Hugo, que diputé entonces superiores al "Fausto", al "Gil Blas de Santillana" y hasta —rubor me da confesarlo— al asombroso "Don Quijote".

Hay cierta psicología de la niñez y mocedad, acaso insuficientemente estudiada por los especialistas. Si se conociera bien, nos extrañarían menos ciertas aberraciones del gusto de la gente moza, de la cual se ha dicho con razón que es extremosa en todo. El adolescente adora la hipérbole; cuando pinta exagera el color; si narra, amplifica y diluye; admira en los escritores el estilo enfático, vehemente y declamatorio, y en los políticos las tesis audaces y radicales. Prefiere lo particular a lo general, lo ideal a lo real, la acción a la palabra. Sedúcenle las cadencias y sonoridades del verso, la pompa de las imágenes y el ruido de los epítetos explosivos y altisonante. Y del mismo modo que en el orden científico antepone las ciencias objetivas a las llamadas disciplinas abstractas, en la esfera del arte abomina de reflexiones y moralejas y déjanle frío los análisis sentimentales del psicologismo.

Como si contemplara el mundo al través de una lente de aumento, todo lo ve amplificado y nimbado de irisaciones; al revés de la vejez, que parece mirar las cosas con una lente divergente que todo lo achica y envilece.

S. RAMON Y CAJAL.
Fragmentos de "Mi Infancia y Juventud".

Nos encontramos en Petilla, pueblo pequeño y pobre del Alto Aragón, en España. Tan pequeño y pobre es que los vecinos no se han molestado en abrir caminos o carreteras. En el pueblo no hay carretas. ¿Para qué iban a servir si está el pueblo encaramado en uno de los cerros del Pirineo Aragonés? Los campesinos rudos, serios, ásperos como su país, saludan con respeto a un hombre que, escopeta y morral al hombro, se dirige a alguna aldea cercana.

—Buenos días, Don Justo. ¿Cómo va la señora? ¿Y el pequeño?

El joven contesta que el pequeño y la mujer están bien, con el favor de Dios y sigue, apresurado, su camino. Es médico del partido de Petilla y ha de recorrer enormes distancias para ir de una a otra aldea. Al mismo tiempo, que hace la visita, al pasar por el monte, caza lo que a su paso encuentra. Hay que aumentar los ingresos ahora que, desde el primero de mayo, tienen un hijo varón.

La posición de médico rural es dura en esta época, pero en aquellos años —1852— lo era más aun. El joven Don Justo Ramón Casasús, cirujano de segunda clase, ha conseguido este título a costa de grandes sacrificios propios y de una voluntad tan enérgica que, casado ya y con un hijo, sigue estudiando para recibir el título de médico cirujano. Esta tesonera voluntad la legó a su hijo Santiago, el "pequeño" por el que le preguntaban los campesinos agradecidos.

De Petilla se trasladó el matrimonio Ramón a Larrés donde nace el segundo hijo, y de allí a Luna. Ya Santiaguillo ha crecido, tiene cuatro años y todos los demonios del infierno en el inquieto cuerpecillo. Tan travieso es que una tarde está a punto de morir a consecuencia de una de sus diabluras. Se le ocurre dar un palo a un caballo que pace tranquilamente en el campo y recibe tan tremenda coz enmedio de la frente que cae al suelo bañado en sangre y sin sentido. La herida es muy grave y les da un tremendo susto a sus padres que temen que muera. Pero, al fin, se alivia y parten todos a Valpalmas.

Se aficiona el niño en esta época por los pájaros y los nidos con verdadera pasión. Caza vivos los pajaritos, se encanta con sus graciosos movimientos, ve como empluman, como aprenden a volar y luego los devuelve al nido o, si son ya adultos los pone en libertad. Santiaguillo es travieso, pero no perverso. No maltrata a los animales, por el contrario, les ayuda a vivir mejor.

El mismo Ramón y Cajal nos dice que, estando en Valpalmas, recibe tres imborrables impresiones: la celebración del triunfo de España en Africa, el rayo que cayó en la escuela y un eclipse de sol. De estos tres episodios el más dramático es el del rayo. Una tarde que amenazaba tormenta, el cura subió a la torre de la iglesia y tocó la campana creyendo conjurar de este modo la tempestad. Un rayo cayó sobre él electrocutándolo y causándole horribles heridas. El rayo siguió su camino cayó en la escuela, mató a la maestra que explicaba tranquilamente a sus alumnos y les dió un susto tal a éstos que salieron de estampía hasta la mitad de la plaza.

En busca de mayores ingresos —ya son cuatro los vástagos, ya que han nacido además de los dos varones, dos niñas— parte la familia Ramón a Ayerbe. Ya tiene Santiaguillo ocho años. Sale a la plaza del pueblo y le reciben los chiquillos del pueblo con una rechifla que va en aumento hasta llegar a los golpes. Santiaguillo se defiende, da voces, pregunta que ocurre, y al oirle hablar, la rechifla crece ¿Qué ocurre? Es que Santiaguillo no viste calzones, ni calza alpargatas, ni lleva pañuelos atados a la cabeza. Además, habla como el maestro. Es pues un señorito.

Pero después de esta terrible acogida, y quizá a consecuencias de ella, Santiago se convierte en el campeón de aquellos bárbaros. No hay pelea en el pueblo en la que él no tomase parte, ni cencerrada que él no organice. Se convierte en el dolor de cabeza de su austero padre. Por estas dos razones y por otra Don Justo —que ya es médico Cirujano— sueña con que su hijo mayor sea médico, pero Santiago se empeña en ser artista. No hay tapia recién encalada que él no embadurne, ni papel que caiga a sus manos que salga ileso de garabatos.

El padre se alarma ante tan decidida tendencia y procura ahogarla prohibiendo a su hijo que pinte, pero este sigue a todo trance pintando con los escasos medios con que cuenta y el padre decide consultar con un "entendido en la materia". Por aquellos días estaba en Ayerbe un pintor o decorador de muros y a él se dirige Don Justo con Santiaguillo cargado con sus dibujos, entre ellos, una estampa de Santiago que era su orgullo. El chico tiembla de emoción, pero el "artista" mueve la cabeza y dictamina que aquellos son auténticos mamarrachos.

El pobre Santiaguillo vuelve a casa cabizbajo y triste. Ya no puede soñar con la grandeza de la gloria. Se ha de contentar con ser un prosáico médico como su padre. No sabe que esta grandeza y esta gloria ha de corquistarla algún día como médico. Y vuelve a sus diabluras. ¿No serían hijas estas de su afán de descollar de algún modo? Y vuelven a menudear las azotaínas con que castiga el padre las cada vez mayores tropelías y en la escuela, menudean las tardes pasadas en el cuarto oscuro.

Una de estas tardes de calabozo, está Santiago tumbado y mirando el techo. ¿Qué ocurre? La estrechísima ventanilla que sirve de conexión con el mundo deja pasar un haz de luz que dibuja en el techo un trozo de la plaza, pero de la plaza "patas arriba" Con su navaja y gran impaciencia ensancha el ventanillo. Si siendo tan pequeño copia un trozo de la plaza, siendo mayor la copiará entera —piensa el niño—. Y en siguientes tarde de encierro sigue ensanchando la ventana, pero se encuentra con que las imágenes copiadas se hacen más vagas e imprecisas. Entonces hace disminuir el hueco de la ventana cubriéndola con papeles pegados con saliva. ¡Qué prodigio! La imagen se reduce pero cobra vida y colores. Santiago está loco de alegría con su descubrimiento que comunica a sus amigos que se le ríen. Aquello es natural, dicen. Y cuando Santiago cree que ha descubierto una maravilla física se entera que ya el gran pintor Leonardo de Vinci lo había descubierto la friolera de dos siglos antes y de que ya en los manuales de física se registra el fenómeno con el nombre de "cámara oscura", su desencanto le hace casi llorar.

"La Cabeza Encantada"

El Caudillo de la Falange ha recibido, en ocasión del Año Nuevo, especial bendición de Su Santidad. Al mismo tiempo, Pío XII le exhorta a perseverar en el camino emprendido, altamente grato, en su decir, a los ojos de Dios.

Si a través de aquellos treinta y dos meses —meses que también asombraron al mundo— y de los que desde entonces han ido sucediéndose, no hubiésemos descubierto, una tras otra, todas las imposturas, hasta quedar nuestro mundo limpio de pícaros, de gigantones y fantasmas, ahora estaríamos profundamente perplejos.

Porque incomprensible es, en buena lógica, este sostenido amancebamiento moral del Vicario de Cristo con un perjuro impenitente, jefe, además, de la banda de asesinos que ha llenado de sangre todos los campos y todas las ciudades de España.

Incomprensible también, que la mano santificada para levantar al caído, y consolar al triste, y redimir al cautivo, y hacer siembra de amor sobre los odios de los hombres, se tienda una y otra vez apuntaladora de un miserable capitán de verdugos, dando la espalda a las víctimas, muchas de ellas, creyentes de ese Dios que pretende representar en la Tierra.

Y no menos incomprensible, que el ungido para ser fuente de consuelo y de misericordia, forme en el partido de los perseguidores, de aquellos que sin el más mínimo pretexto válido, hienden, desgarran y trituran, carne, huesos, sangre, sentimientos, esperanzas; todo, en fin, cuanto forma al hombre.

Y es que tiene razón Bergamín cuando dice: "Cabeza visible de la Iglesia de Cristo, el Papa: cabeza encantada y vacía. Lo malo es cuando en vez de recoger, resonadora, la voz de Dios, se conforma con transmitirnos, tramposamente, sigilosamente, la voz de cualquier allegado o pariente familiar de la casa".

En este caso, fuerza es decirlo, la gangosa, estéril, fría voz del Cardenal Pacelli, está llenando de yelo y sombra la cabeza encantada.

VENTANAL

PALABRAS DE CAJAL

No sé por qué, cuando oigo el tópico manido de la "alianza entre el altar y el trono", me acuerdo del previsor **paguro**, que lleva montada una **actinia**. Esta le avisa del peligro, mientras que el crustáceo paga su vigilancia con los despojos del festín.

Hay que reconocer, triste y sinceramente, que la grande epopeya nacional, es decir, el conjunto de aquellas altísimas hazañas llevadas a cabo por España en pro de sus vitales intereses, tuvieron remate con el glorioso reinado de los Reyes Católicos y su continuador Cisneros. Después, nuestras empresas guerreras fueron empeños egoístas y ambiciosos de la Casa de Austria, que explotó a nuestro país como dócil instrumento de sus locos ensueños imperialistas.

¿No es montruosamente ilógico y suicida que un pueblo débil, rodeado de poderosas naciones, abogue por el derecho de la fuerza, en lugar de proclamar la fuerza del derecho? Pues semejante absurdo se ha defendido en España, afortunadamente, no por todas las clases sociales, sino por las que, sin duda por ironía, se proclaman acérrimos defensores del espíritu cristiano.

¿De qué esencia espiritual llenaremos el averiado barril nacional para evitar su total disgregación? He aquí el arduo, el pavoroso problema de España.

Para mí, —lo he repetido hasta la saciedad— sólo resta a España un ideal accesible: fomentar por sí misma la riqueza de su suelo y crear a todo trance ciencia e industria originales para prestigio, aumento y prosperidad de la raza.

El día que la Ciencia se puso al servicio de los tiranos y de las oligarquías, inventando para ellos instrumentos bélicos costosísimos, inaccesibles a la penuria de las masas, quedó en principio abolida a la libertad individual y de asociación.

La pobreza y la ignorancia van siempre de la mano. Por eso el problema cultural de España no se resolverá plenamente hasta que desaparezca o se atenúe la pobreza rural mediante leyes agrarias niveladoras.

Casi todos los males de pueblos e individuos dimanan de no haber sabido ser prudentes y enérgicos durante un momento histórico que no volverá jamás.

Dos cosas excelentes tuvo España: santos y soldados. Los santos han desaparecido definitivamente, y los soldados, **según marchan las cosas**, están a punto de acabarse y de acabarnos.

¡Felicísimo país el nuestro, en donde la casaca ministerial, la toga y el blasón no delinquen jamás!...

La cómoda manía de viajar de noche y en coche-cama es la causa de la ignorancia geográfica de nuestros políticos. El hombre de Estado, digno de este nombre, debe viajar de día, agarrado a las ventanillas, a fin de apreciar de "visú" la fecundidad de las tierras, la densidad de población y cuantía e importancia de los centros fabriles.

Para terminar con estas observaciones, harto machaconas y sabidas, vaya un consejo: Seamos algo pesimistas, pero con un pesimismo comprensivo y crítico. Y en todo caso, jamás consintamos en que descienda desde el cerebro a las manos. Sólo por el trabajo alcanzará nuestra Patria su pleno florecimiento. Hay que combatir en muchos frentes a la vez. Urge refundir la España gloriosa, pero incompleta e incoherente, legada por nuestros mayores.